

La China milenaria ha despertado

Félix Rossi Guerrero*



Mi viaje a China –junto a mi esposa y 16 personas más– había sido programado hace casi un año. Motivos familiares lo retrasaron hasta abril de este año pero finalmente se puso en marcha cuando un vuelo de Air France cubrió la ruta París-Hong Kong en unas 11 horas, a 1000 kilómetros por hora y a 10.000 metros de altura aproximadamente. Había estado en Asia cuando mis días de Gobernador ante la OPEP (la India, Malasia, Singapur e Indonesia). Pero en viaje de trabajo relámpago, hace unos 20 años, acompañando al entonces Ministro de Energía y Minas. Pero nunca había estado en China.

Mi interés por China ha estado relacionado con el petróleo y se intensificó en el 2004 cuando los precios aumentaron en unos 10 dólares por barril (hasta 41,50 para el West Texas Intermediate) principalmente debido a un aumento de 900 mil barriles diarios en la demanda de China. Los precios, se sabe, están ahora entre 60 y 70 dólares; el aumento en la demanda de China se ha moderado en unos 400 mil barriles diarios para este año pero aún se estima que aumentará de unos 7 millones en el 2006 hasta 11 millones para el 2015. Había estado leyendo respecto a la “Apertura Económica” de este país en los últimos 25 años, cuyo efecto ha sido impulsar un sostenido crecimiento anual promedio de PIB del 9,5% (fue del 10,2% en el 1er trimestre de este año), tres veces superior al crecimiento económico de Estados Unidos, que ha permitido sacar a 400 millones de habitantes de la pobreza (de un total de 1.300 millones). También había leído que sus reservas monetarias estaban llegando a 900 mil millones de dólares (excluyendo Hong

Kong), gracias a un fuerte superávit en la balanza comercial y, especialmente, a un enorme volumen de inversiones para aprovechar una mano de obra barata y casi infinita. Obviamente, China se estaba convirtiendo en la “fabrica del mundo”: La mitad de los zapatos hechos en China, televisores, muebles, productos textiles, computadoras, bicicletas etc., etc., Además, China estaría consumiendo el 40% del carbón del mundo, más del 30% del acero. Al medir la economía de China según el método de “paridad del poder de compras” (o PPP según sus iniciales en inglés) utilizado por el Fondo Monetario Internacional, ésta ya sería la segunda del mundo, sólo superada por Estados Unidos. De repente recordé la famosa frase de Napoleón, pronunciada a comienzos del siglo XIX; “Dejen que China duerma... (porque) el día que se despierte hará temblar al mundo”. Y así concluí que un viaje a China valdría, seguramente el esfuerzo.

Ahora bien, durante un viaje de 20 horas (Caracas-París-Hong Kong) hay tiempo para reflexionar... y traté de prepararme mentalmente de que llegaría a un país con un peso histórico abrumador. La primera dinastía, Shang, se inició 1.600 años antes del nacimiento de Cristo. La Gran Muralla comenzó a ser construida unos 600 años A.C. para evitar las invasiones de las tribus del norte y antes que Roma fuera fundada. Confucio recorría el país enseñando antes del nacimiento de Sócrates. China fue durante siglos el país con el ingreso per cápita más alto del mundo y la economía más poderosa –por lo menos hasta la llegada del renacimiento europeo. Según una fuente, la economía China aún repre-

sentaba el 30% del PIB mundial a comienzos del siglo XIX. Existen pruebas que hubo contactos con el imperio romano cuando el Emperador Marcos Aurelio y la dinastía Han, unos 200 años d.c. y también existen mapas que han demostrado que los chinos conocían la existencia de América antes del descubrimiento de Colón en 1492... Sólo que nunca se interesaron en conquistarla o colonizarla. La última dinastía, los Qing, concluyó en 1912 luego de haber sido el país invadido y humillado cuando las famosas guerras del opio a mediados del siglo XIX en uno de los episodios más vergonzosos en la historia del Imperio Británico. El siglo XX continuó caótico entre anarquía, revoluciones, invasiones japonesas, guerras civiles, hambre y pobreza... Hasta los cambios económicos de Deng Xiaoping (pero no políticos) que sucedieron a la muerte de Mao en 1976.

Según nuestra guía, el entonces pequeño puerto pesquero de Hong Kong (nuestra primera etapa) fue cedido por un débil emperador chino a los ingleses en 1847 para que estos aceptaran definitivamente abandonar el comercio del opio que había causado estragos en la población. Pero fue cedido por 'sólo' 150 años y regresó a la soberanía China en 1997. Ahora es una metrópolis de 7 millones de habitantes que mantendrá por 50 años (hasta el 2047) el mismo régimen administrativo y jurídico de cuando fue una colonia inglesa, si bien, con un gobernador nombrado por Beijing. China ha respetado el acuerdo escrupulosamente y Hong Kong sigue siendo una ciudad Occidental, capitalista y fascinante; bilingüe (chino e inglés), gran comercio, tráfico intenso, hoteles súper-lujosos, rascacielos por docenas, panoramas espectaculares en un entorno tropical (la ciudad está en paralelo de la Habana) e ingreso per cápita (según el método "PPP") de unos 25 mil dólares, equivalente a Italia o Alemania. Pero Hong Kong no es "exactamente" China. Nuestro guía nos recuerda la versión oficial: se trata de un solo país pero de dos sistemas.

Guilin nuestra segunda etapa, es una ciudad pequeña para China, de unos 500 mil habitantes, al noroeste de Hong Kong y una hora de avión. La ciudad tiene 2.000 años de historia

y ha resultado ser el lugar preferido de pintores y poetas por su tranquilidad y el encanto del río Li, que la atraviesa. Hicimos un largo recorrido en barco, observando pequeños pueblos en las costas y pintorescas formaciones geológicas. Aquí tuvimos nuestro primer contacto con el "pueblo chino". La gente en la avenida que bordea al río (frente a nuestro cómodo y moderno hotel) caminando, ejercitándose y bailando (y hasta invitándonos a bailar), un sábado en la mañana. El día anterior (Viernes Santo para nosotros) insistimos en visitar una iglesia católica. Nos complacieron y asistimos a un emocionante "Vía Crucis". La llegada a Shanghai fue en la tarde del sábado, luego de dos horas largas de avión en dirección nordeste.

Shanghai es un auténtico coloso. Creo que es el símbolo de la 'nueva China' y su apodo del New York del siglo XXI quizás le queda corto. Tiene 17 millones de habitantes y el enjambre de grúas y las construcciones en marcha me recordaron al Berlín que conocí hacia fines de los años noventa luego de la unificación de Alemania –pero multiplicado. Un comerciante brasileño me dijo que el 10% de todas las grúas del mundo están en Shanghai. Comercio, industrias, finanzas, avenidas interminables, tráfico intenso y algo tercer-mundista, edificios ultramodernos, ambiente cosmopolita y autos de último modelo (Buicks y Volkswagens predominan). Pero lo que más llama la atención es la limpieza –no obstante las multitudes. La ciudad además, luce ordenada y segura según el comerciante brasileño que tiene dos meses en Shanghai. El hotel donde nos hospedaron está considerado entre los mejores del mundo con dos televisores en el cuarto, acceso a las cadenas occidentales de noticias y a la prensa internacional (aunque luego averigüé que esto sucede sólo en los hoteles). El "Bund" (o embarcadero) en las orillas del río Huanspu, que atraviesa parte de la ciudad, ofrece un gran espectáculo donde puede apreciarse el viejo Shanghai del siglo XIX construido por ingenieros ingleses y los edificios espectaculares del siglo XXI. El museo de Shanghai, recién abierto y restaurado, exhibe una estupenda colección de porcelanas de la dinastía Ming (1368-1644 d.c.) y en la calle Dong Tai exis-

te un mercado libre con todo lo imaginable –pero también con vendedores agresivos...

La China "profunda", sin embargo, comencé a conocerla a partir del 20 de abril cuando el aéreo nos llevó hasta Yichan, una ciudad de 4 millones. Allí se inició un crucero de cuatro noches y tres días por el legendario río Yangtze, el más largo del país, que culminaría en Chongqing, la antigua capital del general Chiang Kaishek durante la segunda guerra mundial. Estamos atravesando el corazón del país. El condado de Badong, a orillas del Yangtze, tiene 500 mil habitantes y una historia de 1.500 años. Es una zona montañosa pero la ciudad fue reubicada al concluir la primera fase de la represa que aumentó el nivel de las aguas. El área precede las "Tres Gargantas" –especie de desfiladeros donde el río se estrecha y las montañas tienen una caída casi vertical de unos 1.000 metros– y presentan una vegetación sub-tropical. Más adelante se observan plantaciones de té y el paisaje, áspero y sombrío, se convierte en algo suave que más bien recuerda ciertas campañas europeas.

El mayor proyecto hidroeléctrico del mundo, una inmensa represa comenzó a ser construida en 1993. Las obras de ingeniería civil de 2.300 metros de longitud, terminaron hace poco pero la represa empezará a funcionar en el 2008. El objetivo ha sido controlar las trágicas inundaciones del Yangtze ocurridas a través de los años. (la mas reciente en 1998, causó la muerte de 1.500 personas y obligó a millones a abandonar sus hogares) y proporcionar energía hidroeléctrica a buena parte del país mediante 26 grupos turbo-alternadores que producirán 84,7 mil millones de kilovatios por hora. Esto ha significado, sin embargo, reubicar casi 2 millones de personas y el costo total se calcula en 20 mil millones de dólares. Se utilizaron 27 millones de metros cúbicos de hormigón y se erigió un muro de 185 metros. Para que el río continuara siendo navegable, se construyó un canal con cinco compuertas para graduar el paso del agua.

Desembarcamos en Wanzhou para explorar esta pequeña ciudad. Había leído que si bien las grandes ciudades de China podían compararse con las



europas, el interior era como Africa. Pero Wanzou me pereció ordenada, limpia y agradable este sábado en la mañana. Circular por el “mercado libre” fue toda una aventura por la variedad de las mercancías y el colorido de la gente. Una característica es la cordialidad de las personas que se esfuerzan para entendernos y manifiestan un constante buen humor; otra es la forma de vestir, como cualquier ciudad occidental. Nuestro barco no pudo llegar a su destino final por una baja en el nivel de las aguas y el recorrido último se realizó en autobús. Ocurrió un accidente en la carretera y se tuvo que llamar otro autobús. Aquí también se manifestó la eficiencia de las autoridades que ayudaron a trasladar el equipaje y se disculparon por lo ocurrido. De paso pude apreciar la red de autopistas, con señales en chino e inglés. En Chongqing nos dijeron que la ciudad tenía 30 millones de habitantes. Argumenté que no existía una ciudad de este tamaño y me contestaron que se habían juntado dos ciudades en Chongqing.

Xian, la antigua capital durante la dinastía Qin (221-206 a.c.) y punto final para las antiguas caravanas que viajaban hacia el este por el “camino de la seda”, ahora es una gran ciudad moderna de 5 millones situada a una hora de vuelo al norte de Chongqing. Se trata del centro del programa espacial, posee un espléndido aeropuerto, fábricas de aviones, tiene un centro tecnológico de 7.500 compañías y es donde se gradúan 120 mil estudiantes al año, la mitad en ingeniería de computación. También se encuentra el sitio arqueológico más famoso del país, el llamado “ejército de terracota” descubierto en 1974 por unos campesinos.

Se trata de un gigantesco museo construido en el propio lugar del descubrimiento. Los fragmentos descubiertos resultaron ser pedazos de guerreros de tamaño natural y las excavaciones siguientes revelaron la existencia de unos 7.000 guerreros, cada uno bien definido con sus armas, uniformes y rostros diferentes. Según los historiadores, el emperador Shi Huangdi creía en la reencarnación y decidió que necesitaría ser protegido en la otra vida. “los guerreros” aparecen en formación de batalla y ofrecen una prueba de la potencia militar del país, 200 años antes de Cristo. Se demuestra la importancia que China otorga al turismo. Las vías de comunicación son impecables, las indicaciones bilingües y la organización de primer mundo. Xian también escamosa por sus murallas, el museo de historia, una mezquita y la “pequeña” pagoda del ganso salvaje”. La ciudad, un martes en la noche, está llena de vida. Nuestro hotel, con todas las comodidades posibles, está situado en pleno centro y un paseo por sus alrededores después de cenar permite observar negocios todavía abiertos bien provistos, gran tráfico peatonal, lugares de diversión con todas las características de una gran ciudad occidental...

Beijing es nuestro destino final. La capital política del país tiene 15 millones de habitantes y un clima traicionero. Está aproximadamente en el paralelo 40, o a la altura de Nueva York, pero expuesta a los vientos desérticos del norte que pueden causar trastornos alérgicos. La ciudad también es imponente con grandes avenidas, tráfico automotriz intenso y construcciones por todas partes. Tiene tres grandes atractivos la Plaza Tiananmen, tristemente famosa por lo ocurrido en 1989, la Ciudad Prohibida y la Gran Muralla situada a unas dos horas por autobús. La inmensa plaza (podría reunir hasta 500 mil personas) continúa siendo una gran atracción —no obstante los recuerdos. Incluye el mausoleo con el cadáver embalsamado de Mao, todavía muy visitado. Mao, nos dice nuestra guía, cometió muchos errores pero un 70% de sus decisiones fueron correctas. Mi impresión es que permanece siendo un símbolo que devolvió al país orgullo y prestigio luego de las humillaciones del pasado y se mantu-

vo en el poder por unos 20 años (pero el ‘arquitecto’ de la China moderna fue, sin dudas, Deng Xiaoping). En la plaza también se encuentra el Museo de Historia Natural, un monumento que conmemora la revolución y el Gran Palacio del Pueblo. La Ciudad Prohibida fue la residencia de los emperadores por unos 500 años y es una sucesión de galerías, patios y palacios de gran belleza. La Gran Muralla —que algunos consideran la octava maravilla del mundo— comenzó a ser construida unos 600 años a.c: pero las murallas existentes fueron reconstruidas en tiempo de la dinastía Ming (1368-1644 d.c.) y se extienden por 5.600 kilómetros. Alcanzar su cima (mediante teleférico) y caminar por sus muros torreones y pasos estratégicos resulta ser una experiencia inolvidable y es un legado histórico gigantesco.

Ahora bien, Beijing no es sólo historia. Basta salir del hotel, caminar unas cuadras y alcanzar una enorme vía peatonal repleta de tiendas, centros comerciales y restaurantes. Basta mezclarse con la gente para concluir que si bien el pasado de China fue memorable, el futuro puede también llegar a serlo. En verdad, el dinamismo y la pujanza del país y su gente me recordaron a los Estados Unidos que conocí por primera vez hacia mediados del siglo XX. Observé, entonces, una disposición, actitud positiva y un cierto sentido de responsabilidad difícil de definir que me impresionó. Lo mismo me pareció percibir en mis tres semanas en China. Recordemos, sin embargo, que China todavía es un país pobre: su ingreso per cápita (medido según el PPP) es inferior a Argentina y México. Pero el Fondo Monetario Internacional asegura que su espectacular crecimiento económico puede sostenerse por lo menos durante 10 años más. De ser así, su economía total superaría a la economía de Estados Unidos (siempre medida según el PPP) antes del año 2020.

Caracas 04 de junio de 2006

* Ingeniero petrolero